

## Ha cambiado la política de la Iglesia

E.  
MIRET  
MAGDA  
LENA

**E**N este mes la Comisión Permanente del Episcopado ha publicado una nota y un comunicado que merecen un comentario, ya que nuestra actitud ciudadana, en este momento político confuso y difícil, está todavía influida por el peso que supone la carga acumulada en los cuarenta años últimos. Carga de la que no se desembarazarán muchos españoles con facilidad, porque —a través de la insistencia machacona con que se nos introdujo ese peso paralizador— actúa en el inconsciente colectivo del país.

Es verdad que son una mayoría los que critican esos años; pero esos mismos que usan la crítica verbal están, más de lo que ellos creen, tocados sin darse cuenta por el impacto continuado de lo que oyeron, leyeron o vivieron. Y toda esa rémora necesita un buen lavado cerebral de fondo, que todavía no se ha practicado.

La guerra civil fue llamada *crusada* por nuestros obispos —ahí está la Historia con sus datos, que no se pueden ni deben ocultar—, y eso produjo un tipo desgraciado de educación en la violencia, bendecido por la religión, y que no se borra tan fácilmente porque ahora nuestros obispos condenen "la violencia y el odio como diametralmente opuestos al espíritu del Evangelio", cuando antes apoyaron —como me confesó un obispo español no hace mucho— el *tirarse al monte*. Tampoco es bastante "animar a todos a seguir adelante serenamente por el camino de la convivencia fraterna", cuando nuestra *crusada* —por ellos estimulada— exigía acabar material o moralmente con el que no pensase como el nacional-catolicismo. Y lo mismo se diga con "exhortar a quienes tienen mayor responsabilidad en la vida pública a superar todo rastro de pasadas contiendas", cuando eso debió haberse dicho desde el primer momento de aquellos cuarenta años pasados.

A mí no me parece mal que se diga ahora eso, y que se recuerde claramente; pero el mal de la violencia en nombre de Cristo ya está hecho, a pesar de estas palabras actuales, y lo estamos sufriendo en nuestras carnes o en nuestras mentes quienes para nada comulgábamos con ese catolicismo nacional que embebió toda nuestra política y que se generalizó y propagó por toda nuestra geografía. No puede estar mejor dicho —pero hablan de haberlo dicho antes y no sólo ahora— que "los obispos lamentan especialmente, y condenan con vigor, la conducta de quienes invocan el nombre de Cristo, o alegan titulaciones de significado cristiano, para actitudes o acciones de carácter violento".

¿No hubiese sido más eficaz y más cristiano haber confesado sinceramente toda la verdad actual y pasada, y no sólo a medias, como si aquí no hubiese ocurrido nada?

Yo soy un convencido de que no debemos tener ni resentimiento ni espíritu de revancha, pero cuando tanto criticábamos el estalinismo ateo en la época que éste existía, ¿no tendríamos que haber criticado al mismo tiempo el estalinismo cristiano explícito o implícito en esas actitudes violentamente excluyentes que bendijo nuestra Iglesia española?

Creo que esta es la verdad sin paliativos ni eufemismos. Y la verdad hay que decidirla sin ambigüedad, porque todavía se insinúan frenos y condicionamientos en forma de sospechas acerca del futuro cuando se pretende, por bastantes católicos, un cambio radical, que sea pacífico. Estos documentos siguen siendo sólo claros cuando hablan de aquellos mínimos democráticos que ya son aceptados por muchos que nos gobiernan; pero nunca lo fueron antes, cuando hacía falta concienciar a nuestros gobernantes y a nuestro pueblo.

Es magnífico que ahora —ahora— se diga precisamente que "la Iglesia no desea el poder político, ni apoyar en él su acción pastoral". Y que "los cristianos, en su calidad de ciudadanos, son libres para optar por aquel partido político o aquel programa que, según su recta conciencia, es el que mejor garantiza el bien de la persona humana y de la sociedad". Pero ni esto es lo que antes se atrevieron a decir ni a predicar, justamente en aquel tiempo que hubiera sido necesario que se dijese claramente y se practicara heroicamente por quienes debían haber dado ejemplo como dirigentes espirituales del ciudadano católico.

Y veo confuso también lo que quieren expresar los obispos cuando hacen esas afirmaciones vagas y generales sobre la incompatibilidad de la fe con "un modelo de sociedad determinada en la que se suprimen los derechos fundamentales y las libertades del hombre". ¿Se refieren al modelo de la derecha nacional-católica que padecemos los ciudadanos todos hasta hace unos años? Porque si es así, enhorabuena por decirlo ahora los obispos, aunque también hubiéramos preferido que lo dijeran antes.

Pero si se refieren a aquel modelo que los periódicos de la derecha conservadora combaten hoy en día, identificando eurocomunismo o marxismo humanista con este tipo de sociedad inaceptable, no hemos adelantado nada, y estamos igual

que antes. Hay que olvidar de una vez estos prejuicios, clichés y esquemas, preconcebidos por influencia de lo que oímos oficialmente hasta hace bien poco, y que seguimos oyendo todavía en medios conservadores o en medios católicos altoeclesidásticos. Hay que ser más objetivos y más imparciales: el socialismo científico no es ya estalinismo, sino que actualmente en Europa sus propugnadores están demostrando que su único camino es el de la libertad y la democracia; y que su modelo no pretende de ningún modo suprimir los derechos humanos ni las libertades del hombre.

Eso es importante y nuevo, y hay que reconocerlo con claridad. No podemos seguir escondidos en frases ambiguas o de doble sentido, que las personas sencillas y corrientes, a las que en España se les educó para aceptar frases temerosas que influyen sobre la mayoría del país, crean lo que no es ya realidad en el mundo occidental que nos rodea.

La Iglesia, aquí y en cualquier otro país, debe "promover la dimensión trascendente de la existencia humana": esa es su más profunda misión. Pero debe permanecer más neutral en cuanto a estas perspectivas que se abren para un futuro legítimo de los ciudadanos, sin ser agoreros de males o de peligros imaginados por mentes conservadoras, porque eso lo tendremos que decidir nosotros, sin sentimentalismos pasados ni temores hábilmente manejados por la autoridad social que todavía tiene la Iglesia oficial. Defender los derechos humanos, eso sí; y hacerlo sobre todo inculcándolos a sus propios fieles y seguidores, sean simples ciudadanos o dirigentes políticos. Adoptar esta Iglesia por primera vez desde hace siglos una actitud valiente e independiente será excelente, pero sin privilegios, discriminaciones ni inclinaciones particulares. Y dejando al mismo tiempo un espacio totalmente abierto, sin sustituirse a sus conciencias, a los católicos para que decidan como ciudadanos sobre la perspectiva de futuro que prefieran, sin crear en ellos actitudes reservadas con lo nuevo, como es un verdadero socialismo científico, y que hasta ahora no se les permitió aceptar. ■